Cartografía joyceana

Mauricio Montiel Figueiras

A las ocho de la mañana del jueves 16 de junio de 1904, en una casa ubicada al norte de Dublín en el número siete de Eccles Street, Leopold Bloom despertaba convertido no en el monstruoso insecto en que Kafka transformó al individuo moderno sino en el depositario de una vasta tradición literaria que no sería la misma a las dos de la mañana del viernes 17 de junio. Como toda creación artística, Bloom ignoraba su verdadero cometido: parodiar, subvertir y finalmente replantear esa tradición que lo había gestado. Ignoraba por tanto que ese día que iniciaba sirviendo en la cama el desayuno a Molly, su mujer, abriría "nuevos horizontes para el cuerpo y sus representaciones", según Argentina Rodríguez; que su creador, James Joyce, había elegido justo esa fecha porque quería conmemorar el primer encuentro con su musa Norah Barnacle en Nassau Street, frente a Trinity College, en el sureste dublinés; que al cabo de tan sólo dieciocho horas, dieciocho millas —ocho de ellas recorridas a pie, las diez restantes equivalen a la década que Ulises invirtió en salvar la distancia entre Troya e Ítaca— y dieciocho capítulos o cantos —seis menos que los que integran la *Odisea*, el modelo con el que Joyce decidió dialogar— acabaría siendo el paradigma del viajero del siglo XX: el urbanista desterrado de sí mismo, el extraño en su propia ciudad y su propia época, el perpetuo *flâneur*. Confiesa Joyce:

> La tarea que me fijé técnicamente al escribir un libro desde dieciocho puntos de vista diferentes y en otros tantos estilos, todos aparentemente desconocidos o no descubiertos por mis colegas: eso, y la naturaleza de la leyenda escogida, sería suficiente para trastornar el equilibrio mental de cualquiera.

Dieciocho son, así pues, los paralelismos homéricos que establecen los capítulos de *Ulises* (1922) de acuerdo con Stuart Gilbert en *Ulysses: A Study* (1930): "Telémaco", "Néstor", "Proteo", "Calipso", "Los comedores de lotos", "Hades", "Eolo", "Los lestrigones", "Escila y Caribdis", "Las rocas errantes", "Las sirenas", "Los cíclopes", "Nausícaa", "Los bueyes del sol", "Circe", "Eumeo", "Ítaca" y "Penélope". Gilbert revela además los simbolismos corporales y cromáticos propuestos por Joyce, a los que hay que añadir —como señala Salvador Elizondo— el arte y el sentido con que se vincula cada sección del libro. En el James Joyce Centre, situado en North Great George's Street, en el norte dublinés, hay un esquema pormenorizado de *Ulises* en el que se incluye el horario novelesco: 8:00 a.m., 9:45 a.m., 11:00 a.m. —horas repetidas en los seis primeros capítulos: "Telémaco", "Néstor" y "Proteo" corresponden a Stephen Dedalus; en "Calipso" irrumpe Leopold Bloom—, 12:15 p.m., 1:10 p.m., 2:10 p.m., 2:55 p.m., 3:40 p.m., 5:00 p.m., 8:25 p.m., 10:00 p.m., 11:25 p.m., 12:40 p.m., 1:00 a.m. y 2:00 a.m. Hay también un mapa que reproduce la ruta de los personajes principales, gracias al cual queda claro que la acción se reparte básicamente entre dos zonas de la ciudad: el norte del Liffey, el río rebautizado como Anna Livia Plurabelle en *Finnegans Wake* (Prince's Street, Lower O'Connell Street, St. Mary's Abbey, Bachelor's Walk, Ormond Quay, Little Britain Street, Corporation Street —antes Mabbot Street—, Railway Street —antes Tyrone Street—, Butt Bridge) y el sureste dublinés (Westland Row, Lincoln Place, Duke Street, Kildare Street, Grafton Street, Fleet Street, Wicklow Street, Holles Street). El resto se divide

© Gisèle Freund

James y Giorgio Joyce, París, 1938

Dun Laoghaire, Dublín

entre el suroeste (Crampton Court, Merchant's Arc, el castillo de Dublín, Dame Street), el norte extremo (Eccles Street, Upper Gardiner Street), el oeste extremo (St. James's Street, Arbour Hill), el sureste extremo (Sandymount Strand, Sir John Rogerson's Quay, Newbridge Avenue, Ballsbridge) y las afueras (la torre Martello en Sandycove, la Clifton School en Dalkey Avenue, el cementerio de Glasnevin, Marino, Phoenix Park).

La noción de epifanía, esa "súbita manifestación espiritual" que Stephen Dedalus percibió en el reloj de un edificio ubicado en la confluencia de Aston Quay con Westmoreland Street, en el sureste citadino, tarda en cristalizar entre los numerosos artículos que constituyen el "catálogo del mobiliario callejero de Dublín". Al menos eso fue lo que me sucedió en octubre de 2003, cuando viajé por primera vez a la urbe que Joyce odió al grado de tener que reinventarla mediante la escritura. Entrada la semana de mi estancia —el jueves 16, tal como el *Bloomsday* original— me reuní con John Banville, el gran narrador irlandés, en Dunne and Crescenzi, una bulliciosa enoteca situada en Frederick Street South; la hora de conversación sirvió, entre otras cosas, para abrirme las puertas de un Dublín secreto aunque plenamente visible al que no había podido acceder hasta entonces. Salí a perderme en el tumulto vespertino de Grafton Street, peatonal trepidante donde las haya. Me metí en una tienda de discos y allí ocurrió la epifanía: sonaba una canción que identifiqué como parte del *soundtrack* del filme que había visto el día anterior en el Irish Film Institute de Eustace Street —*Young Adam*, adaptación de la novela de Alexander Trocchi ambientada en los canales de Glasgow y Edimburgo. Compré el álbum, obra de David Byrne, y enfilé hacia la casa donde me hospedaba en el norte de la ciudad. Caía la noche. Al cruzar el O'Connell Bridge, y como la canción de Byrne no paraba de dar vueltas en mi cabeza, comprendí que el Liffey había sido para mí en todo momento la fuente que nutría los canales escoceses de la película. Por eso hoy, cada vez que oigo el disco, escucho en realidad el rumor del río; atrás, muy atrás, capto los pasos de Leopold Bloom, empeñado en diseñar la mejor guía para Dublín.

Leopold Bloom ignoraba que aquél día que iniciaba sirviendo el desayuno a Molly, su mujer, abriría nuevos horizontes para el cuerpo y sus representaciones.